IX

Comentarios de don García de Silva y Figueroa de la Embajada que de parte del rey de España don Felipe III hizo al rey Xa Abás de Persia

DESIGNADO por el señor Director para informar, a los efectos del artículo 1.º del Real decreto de 1 de junio de 1900, sobre la obra titulada *Comentarios de don García de Silva y Figueroa,* cuya adquisición por el Estado solicita la Sociedad de Bibliófilos Españoles, el académico que suscribe tiene el honor de proponer el siguiente proyecto de informe.

El libro titulado *Comentarios de don García de Silva y Figueroa de la Embajada que de parte del rey de España don Felipe III hizo al rey Xa Abás de Persia* fué editado en Madrid en los años 1903-1905 por el señor Serrano Sanz, formando parte de la serie de los publicados por la Sociedad de Bibliófilos Españoles. Es el núm. 36 y último de la serie.

La edición está hecha sobre dos manuscritos existentes en la Biblioteca Nacional de Madrid: uno original completo y probablemente autógrafo del autor, y otro incompleto, pero coetáneo de aquél. Ambos proceden de la Biblioteca de Gayangos. El editor ha puesto al frente del libro una breve *Advertencia* con algunos datos sobre el autor, su vida, motivos de su embajada y suerte que ha corrido el libro desde el siglo XVII en que fué escrito. Algo también insinúa acerca del valor que tiene, como documento histórico y aun como estudio etnográfico, pero insuficiente todo ello para dar exacta idea de la enorme cantidad

de datos que bajo ambos aspectos atesora esta obra, digna de ser analizada cuidadosamente por historiadores de cultura, geógrafos, etnólogos, arqueólogos y orientalistas.

El autor, don García de Silva y Figueroa, extremeño, natural de Zafra, nació en esta ciudad el año 1551, y después de hacer sus estudios en Salamanca, prestó servicio en la Secretaría de Estado, desempeñó el cargo de corregidor en Badajoz y fué nombrado por Felipe III, en agosto de 1613, embajador al Xah de Persia, Abás. A estos escuetos datos se reduce lo que de su persona cuentan sus biógrafos. El retrato de su figura intelectual y moral surge, sin embargo, con rasgos más característicos e interesantes, de las mismas páginas de sus *Comentarios*. En ellas aparecen a cada paso noticias autobiográficas que ayudan a formar una imagen más viva de lo que fué este hombre verdaderamente genial, dotado por naturaleza con todas las cualidades indispensables para realizar, no sólo su misión política de embajador, sino, lo que es más interesante y a la vez más raro en aquella época, su papel de explorador científico del mundo oriental, casi desconocido entonces por lo que toca a la historia de la cultura.

Nótase, ante todo, su exquisito espíritu crítico. Hombre de profundas y sinceras creencias, como lo eran por convicción y educación casi todos los espíritus cultos de nuestro siglo de oro, sabe, sin embargo, aliar la fe y aun la piedad cristiana con un fino escepticismo (que se revela en sus censuras e ironías para la credulidad supersticiosa del vulgo indocto) y con cierta libertad de juicio en lo que atañe a la conducta de los misioneros españoles y portugueses de India y Persia, con quienes trata en sus viajes. Las supersticiones de todo género, no sólo las de los indígenas, sino las de sus compañeros de ruta, especialmente las meteorológicas, las relativas a los terremotos como presagios de acontecimientos políticos, etc., merécenle la más rotunda repulsa, no exenta de ironía algunas veces. Sus censuras contra los frailes misioneros en Persia tienen más bien un carácter político y un estímulo personalista, porque el Embajador no parece que encontró siempre en ellos la cooperación que esperaba y le era debida para el éxito de su embajada oficial.

Lo de menos importancia es, sin embargo, lo concerniente a la embajada misma a que los *Comentarios* se refieren. El éxito, en efecto, no coronó los esfuerzos del embajador. Sabido es que la finalidad política de su misión era doble: ofrecer al Xah de Persia la cooperación naval de España por el Mediterráneo en sus luchas contra los sultanes otomanos y obtener a cambio la devolución de algunas posesiones portuguesas de la costa de Persia, ocupadas por el Xah. Este, a la llegada del Embajador, estaba ya tratando de paz con el sultán de Turquía, y en consecuencia, no necesitaba para nada el auxilio de España contra el otomano. Excusado es, pues, decir que el Xah dió la negativa más rotunda a las reclamaciones del Embajador; pero no la dió hasta el fin de una serie larguísima de dilatorias que obligaron a Silva a residir en Persia unos dos años, recorriendo sus principales ciudades, en espera de audiencia para entablar las negociaciones. No fueron, sin embargo, estas dificultades, nacidas de la corte persiana, las más graves con que Silva tuvo que luchar. La resistencia pasiva que a su embajada ofrecieron las autoridades portuguesas de la India y de Ormuz tuvo mayor relieve. Y bajo este aspecto los *Comentarios* de Silva son un documento precioso que pone en evidencia el odio de Portugal a Castilla en aquel corto período que transcurre entre la anexión (1580) y la sublevación (1640) de Portugal. Antes ya de su salida de España, Silva encuentra enormes dificultades para su despacho de parte del Consejo de Estado de Portugal, que no podía soportar con paciencia la designación de un castellano para una embajada que había de realizarse en tierras anejas a colonias de portugueses. Los gobernadores de Goa y de Ormuz adoptan contra Silva la misma actitud pasiva sin facilitarle los fondos cuantiosos que necesitaba para su embajada, retrasando su embarque de Goa a Ormuz y dificultando en la misma corte persiana sus gestiones. Toda la prudencia y sagacidad política de Silva, toda su previsión y habilidad para burlar las malas artes de las autoridades portuguesas, se estrellaban contra lo imposible. Era una verdadera coligación de todos contra uno. No sólo quienes ejercían cargos públicos, sino en general los colonos de aquellas posesiones y los frailes

misioneros, eran portugueses en gran mayoría, y los portugueses, como dice el mismo Silva, "no sólo aborrecen la unión con la monarchia de España, pero por ningún caso quieren nombrarse ni ser tenidos por españoles".

Otra faceta interesante a la historia internacional nos descubre Silva al narrar largamente los obstáculos que encontró para realizar su embajada. Los portugueses, a la vez que dificultaban la gestión del embajador castellano, fomentaban, sin darse cuenta, las intrigas de Inglaterra. Esta, sirviéndose de ciertos aventureros, los hermanos Sirley, trataban de introducirse en la corte del Xah con aparentes fines comerciales, aunque aspirando en realidad, lo mismo que los holandeses, a suplantarnos en la India. Silva vió más claro en aquella maniobra que no los políticos de Madrid, sordos a sus advertencias y consejos. En vez de apoyar exclusivamente la gestión de Silva cerca del Xah, la corte de Madrid siguió manteniendo relaciones con éste a través de aquellos aventureros ingleses, y esta duplicidad de gestión coadyuvó al fracaso de España y al éxito de Inglaterra.

El episodio es, pues, de un interés y ejemplaridad manifiestos, ya que nos pone ante los ojos, a la vez que la imprevisión internacional de la política de Felipe III, la habilidad artera de Inglaterra para insinuarse en el ánimo de Portugal, fomentando sus odios contra Castilla. Sin hipérbole cabe decir, además, que, a este respecto, las páginas que Silva consagra a narrar, comentar y criticar el fracaso de su embajada, son algo así como la prehistoria de tres hechos que habían de tener enorme alcance en la vida de nuestra patria y aun en la del mundo: la sublevación e independencia de Portugal; la estrecha unión y alianzas políticas de Portugal con Inglaterra; el futuro dominio inglés en la India. Silva no dejó de advertir tampoco la decadencia de nuestra patria en sus empresas ultramarinas: a cada paso advierte las negligencias de nuestros colonos, que no cuidaban, como los holandeses, de cultivar y hacer habitables las islas que se encontraban en la ruta marítima del Cabo a la India, y ni siquiera de sondear, como los ingleses, las costas, sembradas de bancos peligrosos para la navegación. Y desde

este punto de vista, también ofrecen los *Comentarios* de Silva una importancia singular: geógrafo cultísimo, experto marino y muy entendido en el arte de la navegación, a más de hombre de ciencia en materias astronómicas, en todos sus viajes cuidó de llevar por sí, independientemente del derrotero que llevaba el piloto, un verdadero diario de a bordo, en que consigna cuantos datos cree de interés para rectificar las derrotas que tradicionalmente seguían los pilotos portugueses con rumbo a la India, censurando sus errores, cuyas causas explica técnicamente. Esta escrupulosidad no es una excepción, sino regla general de su psicología. Curiosidad inagotable para todo cuanto ve y oye; espíritu crítico para juzgar todos los hechos, creencias y opiniones de que tiene noticia; prurito instintivo de comparar lo presente con lo ausente y lo pasado; cultura, en fin, extensa y variada en aquellas disciplinas que son indispensables al geógrafo y al sociólogo: tales son las dotes que se echan de ver a cada página en sus voluminosos *Comentarios*. Su formación clásica es la que más obvia aparece: como muchos de los hombres cultos de nuestro siglo de oro, conoce, y bien a fondo, las obras de los geógrafos, astrónomos, historiadores y literatos, latinos y griegos, aunque estos últimos a través de traducciones, sobre cuya exactitud filológica se permite a veces dudar, cuando las cree inarmonizables con otras fuentes más fidedignas o con los hechos observados. Esta cultura clásica se observa principalmente en el estudio minucioso que hace de toda la toponimia del Asia y singularmente de Persia, cuyas provincias, montes, ríos y demás accidentes geográficos identifica y localiza con gran exactitud, siendo su obra, bajo este respecto, una geografía histórica del Asia, en la cual además rectifica a menudo con acierto identificaciones tradicionales que estima erradas. A la preparación geográfica añádese una información histórica no común. La historia de Persia, singularmente, la conocía, no sólo por las fuentes clásicas y bíblicas, sino, lo que ya no era entonces común, por fuentes indígenas casi contemporáneas. Las dos famosas historias universales persas de Mirjond y Jondamir, que sólo en el siglo XIX comenzaron a ser conocidas en Europa, las aprovechó Silva ya durante su es-

tancia en Persia, sirviéndose para consultarlas de intérpretes que consigo llevaba. Para la vida y conquistas de Tamorlán utilizó otra obra de autor persa, al cual llama Califa Emir Alixir y que no he podido identificar, pues no aparece citado por Browne en su *Persian literature under Tartar dominion,* entre los biógrafos persas de Tamorlán. Silva redactó con esta fuente contemporánea del Gran Mogol una monografía crítica muy notable que inserta en sus *Comentarios* y en la cual rectifica errores vulgares entonces en Europa acerca de las luchas de Tamorlán con Bayaceto, y concilió además las fuentes persas con la *Relación de Clavijo,* en lo que toca a la embajada de éste.

Los estudios de etnología son otra de sus preocupaciones más caras. Apenas hay país asiático de los que recorre y visita, y aun de los limítrofes a éstos, cuyas razas y pueblos no estudie, tanto en sí mismos por observación directa como en los documentos de la historia. Tártaros, turcos, árabes, indios, armenios, gaores o parsis primitivos, americanos, georgianos, circasianos, persas, judíos españoles o sefardíes, ninguna de las razas queda al margen de su curiosidad. De todas ellas examina los caracteres físicos y la psicología, creencias religiosas, usos y costumbres, maneras de vivir y vestir, habitación, música, cantos populares, lengua, juegos típicos, etc.

Pero no se satisface con la mera descripción de los fenómenos que observa. Adelantándose a los modernos especialistas de etnología comparada, Silva se esfuerza en establecer, siempre que puede, las afinidades más o menos estrechas que advierte entre las costumbres de los pueblos asiáticos y las de otros pueblos americanos, africanos o europeos que conoce *de visu* o por testimonio histórico. Así, por ejemplo, establece comparaciones entre el traje de árabes, persas o armenios, con el de los moriscos españoles o con el de las villanas extremeñas; entre el juego de polo, usado por los cortesanos persas, y el de la chueca, popular en España; entre la leyenda persa de Alí, santo guerrero que combate a los infieles, y Santiago matamoros; entre la del mítico profeta musulmán Aljádir y la de San Jorge; entre la corte persa y las europeas; entre los caracteres físicos

de los tártaros y americanos para inferir su probable comunidad de origen; entre las liturgias cristianas de Oriente y Occidente; entre las supersticiones y cultos paganos anteriores al cristianismo y algunos ritos del pueblo persa; entre la creencia en la metempsícosis profesada por los brahmanes y la doctrina de Pitágoras, que Silva sostiene proceder de aquélla, como hoy lo afirman todos los indianistas. Entre el arte, la lengua o la escritura de unos y otros pueblos, atrévese a veces, como acabamos de insinuarlo, a sospechar la existencia de intercambios culturales, basándose en las dichas analogías típicas y en la probabilidad de comunicación. La supervivencia de los cultos paganos a través de las varias razas y religiones que han florecido en Asia es otra intuición de valor científico, sobre la cual insiste a menudo.

El arqueólogo corre parejas con el etnólogo. Por doquiera que pasa, Silva se detiene a visitar cuantos monumentos encuentra. Mezquitas, santuarios, mausoleos, palacios reales, escuelas, castillos, ruinas históricas, todo lo examina con el cuidado y la perspicacia de un experto y lo describe con tal minuciosidad de pormenores, que permitirían sin esfuerzo a un arquitecto levantar hoy el plano de casi todos los edificios por él visitados. A la planta y traza estructural de éstos añade a menudo observaciones sobre su estilo y ornato, que denuncian un sagaz crítico de arte. Del palacio real persa de Siraz, por ejemplo, afirma que sus vidrieras están decoradas con "muchas figuras de mugeres pintadas, las más de ellas tocadas y vestidas a lo italiano, con lazos en los cabellos y flores muy adornadas las cabeças, y algunas con coronas de laurel, como las medallas antiguas. Echándose ver claramente en la forma de la pintura auer sido por mano de artífiçes italianos, siendo cosa muy verisímil auer sido los tales de Veneçia". De otro sitio real, el de Tajur Abat, describe también las pinturas que decoraban todas sus paredes, para afirmar que eran "sin comparaçion mejores de las que comunmente ay en Persia", que el asunto eran "mugeres, vanquetes, garrafas de vino y los bayles que por acá se acostumbran" y añade: "El maestro de la pintura que aquí auia fué un griego, criado en Italia, llamado Jullio, a quien este rey

[el Xah Abás] tuvo allí muchos días para este efecto, auiendo poco tiempo, quando el Embaxador allí llegó, que auia muerto en Casbin; y echáuase bien de uer auer estado en Europa, porque demás de ser muchas de aquellas pinturas a la italiana, auia algunas otras del trage que agora traen las mugeres cristianas en Greçia."

Estando en Ispahán, Silva ve en manos del embajador indio de Lahore un lindo puñal cuyo mango era una estatuilla de marfil representando una mujer, y certeramente descubre en las características de su arte el gusto clásico de la estatua, "semejante —dice— a las statuas femeniles que aun ay algunas, de las que an quedado de la antigüedad romana, y esta, aunque en tan pequeña forma, labrada natural y perfectísimamente". Silva razona luego su juicio técnico, basado en la vestimenta de la estatua, que era, dice, *stolata,* como las clásicas, sin que tal traje fuera usual entonces ni antes en el Asia. El propietario del puñal confirmó su opinión con el testimonio de su propio padre, de quien lo heredara, el cual habíale dicho ser aquella forma de vestido la usual de las mujeres *rumíes* antiguas. Silva comprueba además la identificación mediante otro hecho que extensamente relata. Entre los ricos regalos por él traídos de parte de Felipe III para el Xah de Persia, uno de ellos, iniciativa personal de Silva, fué un retrato de Sabina Augusta, mujer de Nerón o de Adriano. Este retrato fué sacado de una moneda de oro romana por uno de los grandes pintores de la corte. Silva describe minuciosamente la imagen de la moneda y discute la autenticidad de ésta como un experto numismático. Pero como la moneda no permitía servir de modelo más que para la cabeza, Silva proporcionó al pintor del retrato una copia de una estatua femenil de mármol que él mismo encontró en Mérida, años antes, entre "los grandes rastros —como él dice— que en ella se ven de la antigüedad romana". Ahora bien; este retrato, así forjado artificiosamente con dos modelos auténticos, ofrecía en sus rasgos típicos de estilo notables semejanzas con la estatuilla del puñal de Lahore. Y por eso Silva concluye que éste debía ser un precioso objeto arqueológico, resto de la dominación romana en Asia. Imposible descender aquí a los he-

chos y pormenores con que el embajador documenta su razonamiento, lleno de datos muy interesantes sobre las excavaciones de Mérida realizadas en su tiempo.

El estudio de las ruinas de antiguos monumentos de que tiene noticia o que encuentra a su paso por las tierras de la India y de la Persia es otra de las preocupaciones que le dominan. Las aras y columnas que Alejandro Magno erigió en la desembocadura del Indo, conmemorando su llegada a tan remotas partes del oriente y relatando sus conquistas, se describen con arreglo a informes proporcionados al Embajador por Rui Gonçalez de Siqueira, general portugués de la armada española que en 1614 las visitó. Las ruinas de la antigua Palmira son asimismo localizadas cerca de Tebe, en el camino de Alepo a Bagdad, con arreglo a datos suministrados por viajeros y armonizados por Silva con las descripciones de geógrafos e historiadores clásicos. Análoga identificación ensaya también sobre las ruinas de Babilonia, que supone localizada en Bagdad o sus cercanías.

Pero donde Silva se nos revela como arqueólogo consumado es en el largo capítulo que dedica a describir las ruinas de Chilminara y a identificarlas con el palacio real de Persépolis. El lector, desprevenido, no sale de su asombro al ver la seguridad con que Silva establece tal identificación y la razona con multitud de argumentos convergentes, pues con los datos de los geógrafos e historiadores clásicos coteja sagazmente la situación de las ruinas, que astronómicamente fija, y el plano exacto de ellas que con todo esmero y minuciosidad levanta. Los expertos en historia de la arqueología no dejarán de apreciar lo que significa este precioso documento, que es el primer estudio técnico del alcázar real de Darío. Porque es bien sabido que hasta el siglo XIX, en que comenzó la era de las exploraciones científicas del arte del Asia antigua, aquellas ruinas, como otras muchas que hoy se han excavado metódicamente, eran una incógnita. Y es a España a quien se debe la primera y más escrupulosa descripción del monumento arquitectónico más importante de dicho arte. Porque Silva no se limitó a dar la medición exacta de su área, pisos, muros y columnas, sino la dis-

tribución de sus varios edificios y hasta la naturaleza de sus materiales de construcción, y lo que es más interesante aún, los pormenores de su rica ornamentación característica. Y en este último respecto, Silva, desconfiando de la eficacia de la palabra escrita, para la más fiel reproducción de las estatuas, inscripciones y adornos del edificio, confió a un pintor, que consigo llevaba a este fin, la copia de lo que estimó más interesante. Sus dibujos, aunque no impecables, tienen, sin embargo, la fidelidad suficiente para que hoy puedan identificarse sus modelos con los bajorrelieves, esculturas de animales simbólicos y escenas de triunfo que en los manuales de arte persa se reproducen actualmente y cuyos originales se guardan y exhiben en los museos de Europa.

Ni escapó a su sagacidad la antigüedad de estas ruinas, que él estima "del tiempo de alguna de las monarquías de los asirios, medos o babilonios", infiriéndolo así de la forma y traje de las figuras, que describe y reproduce, como de los caracteres epigráficos que descubre entre la ornamentación de los muros del edificio. "Los architraues —dice a este respecto— que çerrauan y rematauan las puertas por lo alto, estauan labrados y grauados con muchos follages, y en algunas partes inscripçiones de letras del todo incógnitas, siendo mayor su antigüedad que las hebraicas, caldeas y arábigas, no teniendo semejança alguna con ellas, y mucho menos con las griegas y latinas." Silva desciende luego a precisar mejor la naturaleza de estos signos, afirmando primero que son "letras o caracteres, compuestas de pequeños triángulos piramidales". Y más adelante añade: "Y porque es bien que se sepa y entienda la propia figura de los caracteres de alguna de las inscripçiones de este antichísimo edifiçio, mandó el Embaxador al mesmo pintor que dibuxó las imágines que arriba van sacadas, que también sacase al natural un renglón de una inscripción grande que estaua grauada en el triunfo de la escalera... cuyas letras estauan cauadas y labradas muy hondas en la piedra, conpuestas de pirámides pequeñas puestas en diferentes formas, de manera que distintamente se diferençiaua el un character del otro, sigun y como aquí abaxo van figuradas."

Claro es que Silva no pasa de ahí; pero basta para dejar sentado que a él se debe también antes que a nadie la primera noticia de la escritura cuneiforme en Europa, pues el italiano Pietro della Valle, que pasa por ser el primero, escribía siete años después que Silva, y no adivinó que aquellos signos fuesen letras. Hasta 1778, en que Niebuhr, padre del célebre historiador de este nombre, atinó a suponer que lo eran y que debían leerse de izquierda a derecha, nadie pasó más allá que Silva y muchos creyeron que eran simples elementos ornamentales de los monumentos arquitectónicos.

Sin ser, pues, un lingüista, Silva dió muestras de poseer un instinto sagaz para éstos como para todos los estudios que atañen a la historia de la cultura humana. Durante sus largas estancias en Goa, procuró informarse acerca de las lenguas del país; y así como de la escritura cuneiforme acertó a fijar su naturaleza de tal, de la lengua, escritura y gramática sánscrita dijo también lo suficiente para que hoy se le pueda considerar como el primero que llamó la atención de Europa sobre ella. Véase en qué términos la describe: "Demás de la lengua vulgar de que usan los bramenes y banianes, tienen otra particular aprendida con los preçeptos de su gramática, sin los cuales, como entre nosotros el latín, no puede entenderse. En ésta tienen los libros de sus facultades y es con la que en sus escuelas las enseñan; pero el alphabeto, que es de figuras muy perfectas, semejantes a las de la lengua arménica, es todo uno, aprendiendo todos los mercaderes, notarios y contadores... solamente a leer y escreuir y contar diestramente, dejando la lengua escolástica a los letrados y sacerdotes. Y aunque los caracteres y notas, como se ha dicho, sean tan perfectas y antiguas que se pueden estimar por las primeras del mundo, no tienen aparençia, ni semejança alguna con la letra hebrea, siriaca ni arábiga... No tiene su alphabeto más de veinte y dos elementos o figuras, pero aunque sean menos que los griegos y latinos, su lengua sin comparación es mucho más copiosa y fáçil de aprender y hablar, por tener, como tienen, todas las vocales dobladas, y las consonantes de tres y de cuatro diferençias, las cuales solamente se distinguen unas de otras con çiertos puntos, seña-

lando con ellos diferentes significados y con diuersa pronunçiación quando la hablan."

Sin esfuerzo se vislumbra a través de esta breve nota, cómo Silva distinguió el sánscrito del pracrito o lengua vulgar; cómo relacionó su alfabeto con el de una lengua semítica, el armenio, que es justamente como hoy se explica por los especialistas el origen de la escritura devanagari; cómo, finalmente, advierte las tres o cuatro diferencias que ofrecen todas sus consonantes así en la fonética como en la semántica, reflejadas en la grafía.

La religión de la India, con sus dogmas, supersticiones y ritos, la división en castas, trajes y costumbres de cada una, prácticas de los yoguis, ciencia de los brahmanes, etc., etc., merecen también de Silva el más atento estudio. Y en este punto creo digno de notar que sus informaciones respecto de la astronomía india, recogidas en Goa de boca de los indígenas cultos y del misionero español fray Juan de San Matías, de la Orden de los Menores, ofrecen el singularísimo interés de coincidir con las más recientes investigaciones de los especialistas: Blochet, en el último número de la *Revue de l'Orient Chrétien,* acaba de demostrar que el sistema astronómico de los brahmanes, tal como aparece en sus más conocidos libros de la materia, es un calco flagrante de la astronomía griega. Ahora bien; a Silva, docto astrónomo, no se le escapó tal coincidencia, como se advierte en el siguiente pasaje: "Ponen sucesivamente, conforme a nuestra común doctrina, los orbes de los siete planetas, con las mesmas figuras, y aunque con nombres diferentes, con propia significación de las calidades y naturaleza de cada uno; primero el de la luna, como más cercano a la parte elemental, y el de Saturno el más superior. Sobre éste ponen el firmamento de la octaua esfera con toda la composición perfecta de sus círculos y latitud del Zodiaco, y en él los doce signos, señalados con los mesmos caracteres y figuras que nosotros los tenemos, con los nombres en su lengua, significativos y propios de las imágines de cada signo... Las demás imágines y constelaciones, fuera del Zodiaco, tienen asimesmo notadas y señaladas con la mesma propiedad en su lengua que las demás naciones del mundo las conocen en la suya."

Como es natural, mayor atención dedica Silva a la religión persa que a la india, por su más larga residencia en la Persia. Señalar aquí los datos de interés que sobre la materia consigna en sus *Comentarios* prolongaría desmesuradamente este informe. No debo, sin embargo, pasar en silencio la descripción minuciosa y vivísima que hace de las ceremonias lúgubres con que los persas conmemoran, todos los años, la pasión y muerte de Alhosain, hijo de Alí y nieto de Mahoma. Comparada la descripción de Silva con la que Eugène Aubin publicó en la *Revue du Monde Musulman* (marzo de 1908), la exactitud de aquélla resulta indiscutible. Y téngase en cuenta que Aubin pasa por ser el primero que reveló a Europa los pormenores y la significación de esta *semana santa* de los *xiíes,* con sus procesiones de disciplinantes, sus lamentaciones sacras en las mezquitas, sus sermones de la pasión, sus penitencias cruentas, etc., ritos, todos ellos, tendientes a mantener vivo en los persas el recuerdo del martirio de los descendientes de Alí, y con él la protesta apasionada contra el islam ortodoxo, del cual el *xiísmo* persa es como una iglesia cismática, según lo hace notar expresamente Silva, que denomina *sunís* a los musulmanes ortodoxos y *sofianos* a los persas. De otras fiestas profanas trae asimismo noticias que no creo sean conocidas por otras fuentes. Tales son, por ejemplo, el carnaval persa en Ispahán y la feria, que puede llamarse de las mujeres, en la misma ciudad, organizada periódicamente por el sultán para elegir las concubinas de su harem.

No era indispensable, para los fines burocráticos de un informe favorable, descender a tantos pormenores como los que preceden; pero el académico que suscribe entiende que los *Comentarios* de Silva merecían, por su alto interés para la historia de la cultura, que se pusiese alguna vez de relieve la figura de su autor, desconocida o apreciada en menos de lo que vale. Su nombre falta en los manuales de nuestra historia literaria o si se le mienta es confundido entre la turbamulta de las medianías.

Huelga, pues, concluír, por todo lo dicho, que el libro es de mérito tan relevante, que debería ser reimpreso, a pesar de su extensión desmesurada, en ediciones menos costosas y más ap-

tas para su difusión y estudio que ésta de la Sociedad de Bibliófilos Españoles, a cuya rareza y coste hay que atribuír sin duda la causa de que en veinticinco años que lleva de publicada no haya sido más conocido y estudiado un libro tan importante.

La Academia, sin embargo, resolverá lo que creyere más acertado.

Madrid, 1 de junio de 1928.

MIGUEL ASÍN.

Aprobado por la Academia en sesión de 8 de junio.